

POR TIERRA Y MAR. EL AJUAR DE CAMINO COMO PROYECCIÓN
DEL ESPACIO DOMÉSTICO
BY LAND AND SEA. TRAVELERS LUGGAGE AS A PROJECTION OF DOMESTIC NEEDS.

Carmen Abad-Zardoya*
Universidad de Zaragoza

Resumen

El artículo propone una primera reconstrucción sistemática de lo que puede suponer el ajuar de viaje en la España moderna a partir de fuentes de archivo, literarias, iconográficas y de la bibliografía existente sobre la materia, dispersa en distintas áreas especializadas como la historia del mueble o las artes decorativas. A la vez, se elabora un glosario histórico de la terminología específica de esta parcela de la cultura material, expresión no solo del concepto que se tiene del viaje sino también del espacio doméstico, del que es réplica y extensión. Particular atención merecen los objetos náuticos que acompañan el viaje marítimo.

Palabras clave: Viaje, espacio doméstico, cultura material, artículos náuticos

Abstract

This article presents a holistic reconstruction of what may be included in a traveler's luggage in Spain during the Modern Era based on archival sources and literary iconographic evidence as well as the existing bibliography that is scattered through different specialized fields, such as furniture studies or decorative arts. At the same time, it offers a historic glossary of the specific terminology related to this area of material culture, which reflects not only the accepted concept of travelling but also of the domestic space which may be considered an extension of it. Particular attention is given to the nautical objects which join the sea voyage.

Keywords: Travel, domestic space, material culture, nautic objects

Tras los atentados del once de septiembre se prohibió llevar en los trayectos aéreos envases de más de cien mililitros de capacidad. Al poco tiempo aparecieron los neceseres de plástico transparente con frascos rellenables, reflejo del pánico y la paranoia de seguridad que siguieron al terrible suceso. Con el uso del nuevo “set de viaje” se intentaba restablecer la sensación de control necesaria para superar un trauma a escala global. No es descabellado por tanto afirmar que este prosaico objeto es a un tiempo consecuencia y testimonio de un hecho histórico.

El viaje entre los siglos XVI y XVIII ha generado un volumen ingente de estudios, y sin embargo, en España los modernistas no han dedicado una atención específica al ajuar “de camino”, una parcela de la cultura material que, como acabamos de ver a través de un ejemplo próximo, es capaz de reflejar mucho más que el concepto que se tiene del viaje en cada época¹. Lejos de las primeras llamadas de atención de Antoni Maczack y sin equivalentes a las monografías de Atilio Brilli², en la historiografía española sólo hay algunos trabajos dedicados a los carruajes, a la indumentaria ³ y, como caso excepcional, un artículo de Israel Lasmarías centrado en los medios de transporte, las prendas y las camas de camino a partir de inventarios aragoneses del Seiscientos⁴. Entre los historiadores del arte, por lo común el estudio de muebles y enseres concebidos para viajar ha quedado diluido en la historiografía general de las correspondientes disciplinas artísticas y ello a pesar de la valía de los resultados, especialmente los conseguidos en el campo del mobiliario, las artes del cuero y la platería⁵.

Se propone aquí un recorrido por los artículos de viaje utilizados entre los siglos XVI y XVIII reuniendo las aportaciones bibliográficas dispersas y sirviéndonos de fuentes iconográficas y literarias con vistas a ordenar la rica y compleja lexicografía del ajuar de camino. El último cuarto del Setecientos marca la frontera final, pues a partir de ahí la variedad de artículos creados con este destino se integraría en prodigiosos neceseres y casas rodantes, como la admirada Berlina de Napoleón, y se consolidaría el uso de objetos tan singulares como el *miroir de Claude* y la *Bibliothèque portative du voyageur*, representativos de otras sensibilidades. Nuestro relato concluye, pues, con el nacimiento del turista, ese nuevo héroe stendhaliano que por vez primera halla placer en el hecho mismo de viajar, un cambio de actitud que se manifestará en una cultura material vivida de forma bien distinta.

Sin embargo, cuando el viaje se consideraba una aventura incierta, poco más que un mal necesario para conseguir otros fines, el ajuar de camino se concibió como la extensión y réplica del espacio doméstico, una especie de proyección de la casa más allá de sus cuatro paredes. Los enseres de camino ayudaban a componer una escenografía que mantenía fuera del hogar la ilusión de domesticidad. De ahí que nos hallemos ante objetos prácticos o de representación que pueden llegar a ser auténticas herramientas emocionales en un momento dado. Tener a mano estos artículos conjuraba a priori los peligros

del viaje; utilizarlos procuraba una sensación de normalidad cotidiana y, a la vuelta del viaje o al final de la vida, se les asignaba nuevo destino en la casa o entre los seres queridos, por mor de las mandas testamentarias, como recuerdos de la experiencia o de la persona a la que estuvieron vinculados. Al valor de uso y al valor material de los ejemplos suntuarios se sumaba a menudo un valor sentimental. Un ejemplo extremo de vínculo emocional establecido con uno de estos mudos compañeros lo protagoniza el que fuera guía de Joseph Townsed en ruta hacia El Escorial. A la salida de León –dice el británico- “entablé una conversación con mi honrado guía, que después de beber copiosamente del borracho o botella de cuero en la que llevábamos el vino, rompió el silencio para decirme que estaba hecho de la piel de su gata favorita. A continuación me contó la historia del animal y del territorio que había recorrido con sus despojos. En todos sus viajes fue para él una fiel compañera y fuente inagotable de consuelo, aunque parecía tenerla tanto cariño ahora que estaba muerta como cuando podía sentir las caricias que él le hacía”⁶.

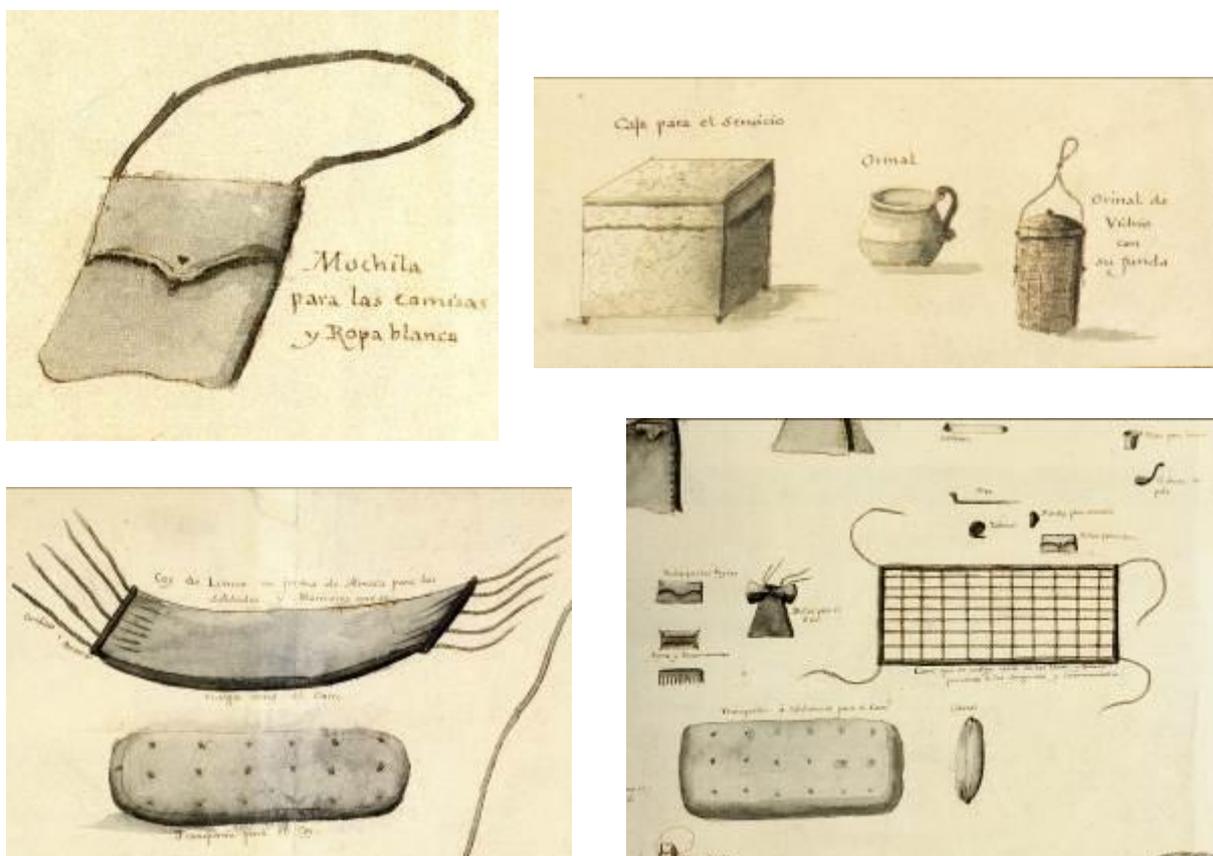


Fig.1. Transportines, coy, base para catre colgado, mochila (barjoleta) y orinal de vidrio con camisa de mimbre. Detalle de las láminas 103 y 106 del Álbum del marqués de la Victoria.

Dormir en tierra, dormir en el mar

Las crónicas de viaje son generosas en comentarios sobre las condiciones de lechos y dormitorios. El panorama era sumamente desigual y las más de las veces la balanza se inclinaba del lado de las sorpresas desagradables. Por ello el viajero debía portar consigo desde sencillos mullidos hasta camas con su paramento y mosquetera.

Entre las conocidas recomendaciones de Townsend para la preparación de un itinerario por España consta la de llevar un colchón con su correspondiente ropa blanca⁷. En los ajuares de camino pertenecientes a clérigos y militares se menciona a menudo el traspontín o trasportín. Luis Collado, en la *Plática manual de Artillería* (1592) lo describía como un “colchonillo de lana” que, de ser posible, no debía extenderse directamente sobre el suelo para evitar humedades, sirviéndose para ello de las cajas o arcas de los artilleros⁸. El *Diccionario de Autoridades* añadiría un matiz de calidad al definirlo como el “colchón pequeño y delgado que se suele echar sobre los otros, e inmediato al cuerpo, por ser de lana más delicada”. Utilizados tanto en casa –sobre los colchones ordinarios- como de camino, hubo variantes suntuarias de pluma con sus correspondientes cobertores colchados rellenos de mismo material. Sarti señala la combinación de coltrice y *coltrone*, similar a la pareja de mullidos de camino compuesta por trasportín y cocera (por colcedra o banova) que tenía entre sus bienes Martín Carrillo tras su paso por Italia, antes de convertirse en el Abad de Montearagón⁹.

Como se ha señalado en un conocido trabajo sobre la higiene los barcos del siglo XVIII¹⁰, era conveniente que los navíos llevaran un buen número de colchones en las travesías largas, reservando parte de ellos para la enfermería¹¹. Había que posibilitar el recambio de los mullidos empapados de agua o fluidos corporales por otros secos, con el fin de evitar la propagación de parásitos y enfermedades. En el Álbum del marqués de la Victoria aparecen colchones en los catres de firme de la enfermería y en el mobiliario del capitán, verdadero trasunto de una cámara palaciega que estudió hace ya tiempo Mónica Piera¹². Los miembros de la tripulación disponían de su propio trasportín y, dependiendo de su categoría, lo colocaban sobre un catre colgado de cordeles (reservado a sargentos y contramaestres) o bien sobre un coy, rectángulo de lona a modo de hamaca. Aunque los diccionarios de la época no registran todavía dicha voz, los marineros ya conocían este derivado del neerlandés *kooi*, pues la lengua de Holanda se había impuesto en el vocabulario técnico de los hombres de mar, como consecuencia lógica de su posición hegemónica en el comercio naval¹³. El dormitorio común de la marinería se solía situar en el castillo de proa, donde cada marinero disponía de una sencilla arca de cedro (pino o árbol de ribera en las *caixes de navegar*) que servía no sólo para guardar sus pertenencias, sino también como mesa y apoyo para subir al coy, situado encima. El conjunto básico de efectos personales estaba compuesto por pipas y navaja, cuchara de palo, el vaso de cuerno o hueso para beber y lo más importante, el dúo de peine y tabaco con su correspondiente bolsa. La prevención del contagio parasitario era una cuestión de primer orden en los navíos y de hecho, en la mayoría de los pecios

rescatados se han hallado lendreras o piojeras¹⁴. No obstante, la imagen ordenada que de la vida a bordo que nos presenta el Álbum del marques de la Victoria podía andar lejos de la realidad, como sabemos por los comentarios de Jorge Juan sobre ciertos navíos mercantes, donde los oficiales de guardia se hacían montar la cama donde les apetecía, incluso en el propio alcázar, que quedaba así “convertido en dormitorio”¹⁵.

Del lecho elemental improvisado en cualquier rincón, de larga tradición en la literatura, pasamos a la cama de entidad, registrada como cama de camino o de campaña en la documentación notarial y cuya evolución formal en el ámbito español estudió detalladamente Aguiló Alonso¹⁶. La progresión que describe –y que va, *grosso modo*, desde la suntuosidad a la ligereza y simplicidad estructural– es pareja a la que se produjo en otros lugares de Europa si bien aquí el punto de partida parece más modesto, pues no han quedado restos comparables a los suntuosos ejemplares renacentistas conservados en el Bayerisches Nationalmuseum (Munich), un tipo de mueble que –rescatando una interesante teoría de Peter Thornton–, podría haber sido el eslabón entre las camas de paramento colgado medievales y la cama de pilares moderna¹⁷. De los tipos de camas montadas sobre arcas que Aguiló sitúa en el último cuarto del XVI (documentados también por Lasmarías en el XVII) tan solo quedan descripciones documentales y es preciso llegar al Setecientos para encontrar restos de alguna estructura de tijera para cama de viento¹⁸ así como la única imagen española que tenemos de un lecho de viaje, el “catre colgado para oficiales subalternos en la cámara grande” del Álbum del marqués de la Victoria¹⁹.

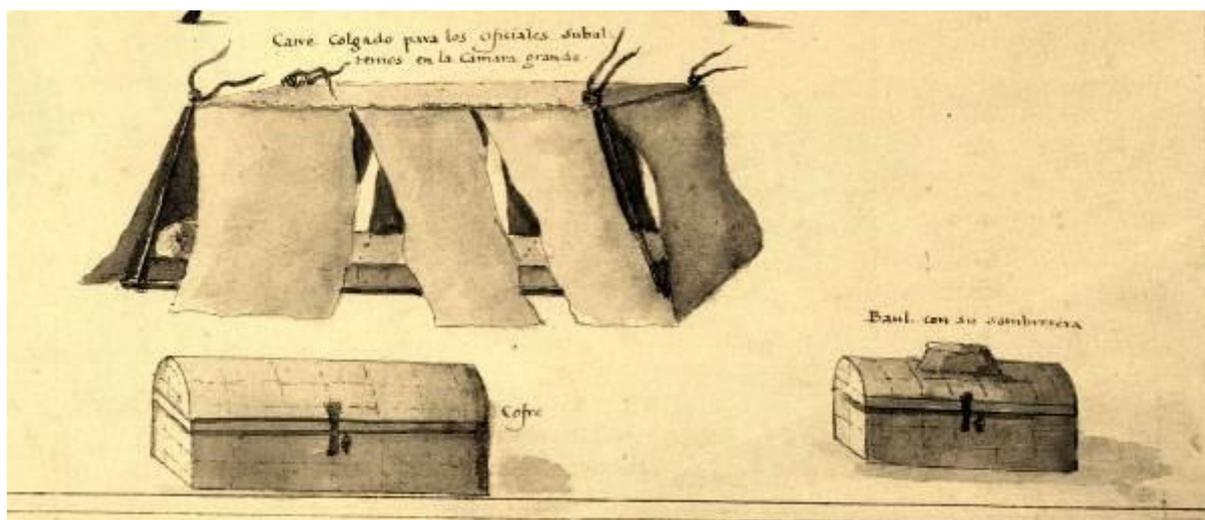


Fig. 2. Catre para oficiales subalternos, cofre encorado y baúl con sombrerera. Detalle de la lámina 106 del Álbum del marqués de la Victoria.

En Europa los testimonios materiales e iconográficos son más abundantes. Las arcas transformables documentadas a finales del XVI en España podrían compararse con la pieza del Eskilstuna Museum (Suecia) que publicó Thornton en 1978, junto con la característica *lit de camp* francesa del XVII cuyo dosel presenta un perfil en pendiente hacia la zona de los pies (*lit à tombeau* o *slope*

bedstead). Este tipo se seguiría haciendo bien avanzado el Setecientos, como sabemos a través de *L'Art du Menuisier* de Roubo, donde se muestran los dos modelos posibles, la *lit à tombeau* sencilla (*Plain et elevations d'un lit de champagne*) y la *lit à doble tombeau* (figs. 9 y 10 de *Defferents especes de sièges et de lists ployants ou de champagne*), ambos dados a conocer en España por la traducción de esta sección de la obra de Roubo en 1776, a iniciativa de Campomanes²⁰. Pero en el siglo XVIII la suntuosidad retrocede en favor del sentido práctico de manera que es muy probable que los ejemplares de montaje lento y complicado quedaran incorporados como lechos estables a la vivienda, cediendo el paso a estructuras colgantes o de tijera con bases de lienzo, tanto en España como en el resto de Europa. La creciente importancia de los lechos funcionales se aprecia en la *Encyclopédie* (Tapissier)²¹ donde junto a los modelos presentes en la obra de Roubo aparece una *lit de camp a l'anglaise* o lo que es lo mismo, una simple hamaca protegida por lonas que se anudan a una liviana estructura a modo de tienda, solución semejante a la propuesta para el ya mencionado “catre colgado” del Álbum del Marqués de la Victoria.

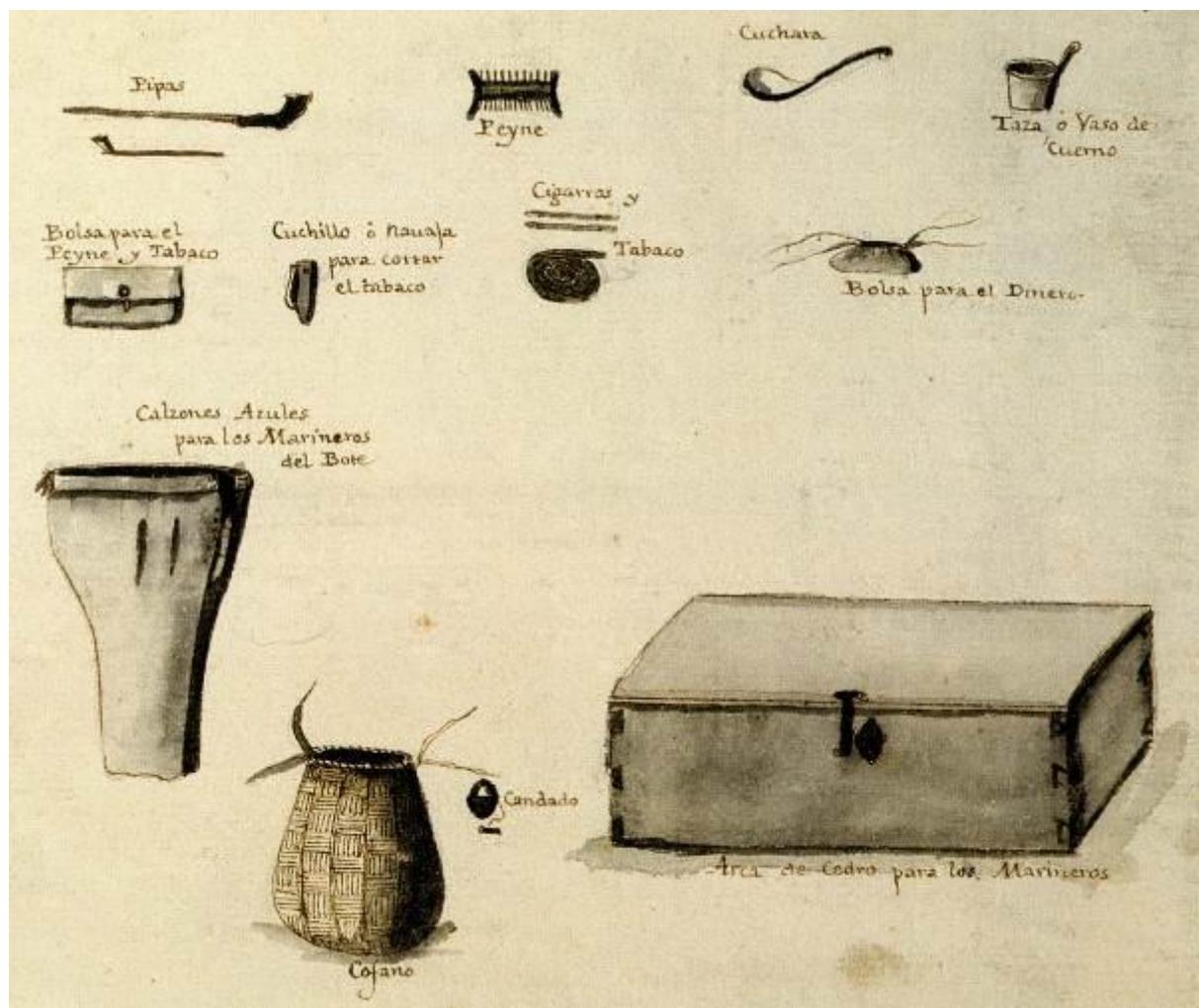


Fig. 3. Arca, cofano y utensilios de los marineros de bote. Detalle de la lámina 103 del Álbum del marqués de la Victoria.

Parentela de la maleta. Una extensa familia

La historiografía del mueble se ha ocupado extensamente de la evolución de cofres, baúles y en general de todos aquellos derivados del arca concebidos para viajar, una parcela representada por piezas encoradas o enceradas, barreadas o reforzadas de cuero, con asas, cerraduras y a menudo de perfil tumbado, características todas que conferían resistencia y seguridad, dos prestaciones irrenunciables en el ajuar de camino. Algunos ejemplares estaban revestidos de piel con su pelo y se consideraban más adecuados para ello los cueros de equino que los de vaca, por ser más resistentes al apolillamiento²², una facultad quizá compartida por la piel de lobo marino con la que se encoró un baúl documentado en Bilbao²³. Especial atención han despertado, por su valor estético, piezas características del ajuar de tornaviaje, las producciones de Oaxaca o los vistosos baúles tallados de Filipinas²⁴. Recientemente, un estudio sobre los usos de las indianas firmado por Mónica Piera ha señalado el baúl de pequeñas dimensiones revestido de piel con su pelo y forrado de estas telas como el tipo contenedor de viaje de uso más extendido en el siglo XVIII y parte del XIX²⁵.

La sombrerera es relativamente tardía pues la primera noticia documental, en la memoria de las alhajas de Ana de Austria, nos lleva hasta 1615²⁶. Las hubo en forma de estuche independiente pero también a modo de compartimento adosado a la parte central de un baúl encorado, como el que figura entre los “Utensilios y adornos de cámara y camarones de los jefes y comandantes de los navíos” del Álbum del Marqués de la Victoria (lám. 106). El modelo era conocido ya en el seiscientos pues se menciona en un pasaje de *Las aventuras de don Fruela*, pequeña joya del arte de motejar en la que un pobre jorobado al que llaman “caracol de bayeta, talega de melones o maleta” es comparado, finalmente, con la “tapa de [un] baúl con sombrerera”²⁷.

La maleta, cuya primera definición encontramos en el *Universal vocabulario en latín y romance* (Alonso de Palencia, 1490)²⁸ se usa preferentemente para transportar la ropa. Se coloca en las ancas de la montura o de las bestias de carga si bien cuando se generaliza el uso de coches se incorpora al nuevo medio de transporte. No necesita asas pues en la cabalgadura se asegura al arzón sirviendo de apoyo al jinete, que coloca sobre la silla de montar el cojín de viaje, un “género de almohada más ancho de abajo que de arriba, de cuero, paño u otra tela, lleno de lana, pluma o borra, y regularmente colchado”²⁹. En el Seiscientos se fabricaron juegos suntuarios de silla, cojín de viaje y maleta confeccionados con cueros perfumados de ámbar gris, como el que describe en 1626 Juan Antonio de la Peña³⁰. En las mulas que transportan literas la maleta se carga sobre el lomo del animal, como se puede apreciar en la lámina de la colección *Truxillo del Perú* titulada “damas españolas viajando en litera”. La voz maleta se refiere a objetos de cuero (cordobán o vaqueta)³¹ aunque hay algunas noticias de piezas ensayaladas en tafetán, terciopelo o guingao de seda. Todas tienen un forro textil al interior, de vitre, angeo o fustán. La evolución estructural y decorativa de maletas y petacas ha sido desarrollada en profundidad por Aguiló Alonso³².

La voz petaca es algo posterior y quedó vinculada desde su aparición a las producciones coloniales. Las primeras definiciones del objeto como “arca hecha de palma y cubierta de cuero” o “manera de cesta muy bien hecha, algunas forradas en cueros de venados e con sus tapadores” corresponden a las crónicas del Nuevo Mundo firmadas respectivamente por Fray Bartolomé de las Casas³³ y Gonzalo Fernández de Oviedo³⁴. Si bien hay piezas que responden a estas antiguas descripciones también se llama petaca a ciertas arcas encoradas, tanto de tapa plana como de perfil tumbado en forma de baulillo, todas ellas con una decoración muy característica³⁵. Si la identificación de los restos materiales no plantea excesivos problemas no sucede así en las fuentes escritas. Resulta problemática la frecuencia con la que los documentos españoles utilizan indistintamente términos como petaca o escusabaraja. Un ejemplo es la “petaca o escusabaraja de cuero para camino con su barreta para cerradura” que apareció en el inventario de un canónigo conquense³⁶. No será esta la única vez que la documentación favorezca la confusión entre escusabaraja y petacas “acestadas” y ello a pesar de que los diccionarios modernos (Covarrubias, Autoridades y Terreros) definen el primero en términos muy claros, como un género de cesta de mimbres o juncos, con asa y un sistema de cierre con ojos para pasar una barreta o candado³⁷.

En la cesta fiambarrera, mencionada en fuentes literarias desde finales del XVI, se llevan los fiambres o viandas frías para comer en ruta, como hicieron Sancho y su señor “tendidos sobre la verde yerba”³⁸. Provista de tapa y asa, a falta de una iconografía más cercana se podría considerar pariente lejana de los cestos ovales que, acompañando a calabazas y alforjas, pintaron Joachim Patinir y Gerard David en sus versiones del Descanso en la Huida a Egipto. Dentro del capítulo de cestería el *Diccionario de Autoridades* recogía también el cofín, término que consideraba ya anticuado para referirse a “un género de cesto, espuerta o canasto hecho de esparto, mimbres o madera que en lo antiguo se usó para llevar frutos y otras cosas de una parte a otra”. Covarrubias había distinguido los antiguos, hechos en mimbre, de los cofines que utilizaban los moriscos, unas cestas de esparto para vender higos y pasas. Aunque no se trate de enseres de camino sino de simples cestos para transportar mercancías, estos contenedores de fibra vegetal están emparentados -etimológicamente hablando- con un artículo de viaje, el cofano, especie de fardel o talega de cestería que figura junto al arca de marinero en el *Album del Marqués de la Victoria* pero que no está recogido en los diccionarios de la época³⁹. No deja de ser significativo, por otra parte, que en su tomo de correspondencias Terreros traduzca erróneamente *coffaneto* (cofrecillo) por cofín pues el original italiano (diminutivo de *coffano*) no hacía referencia a cestos o capazos sino a objetos pertenecientes a la extensa familia de las arcas o cajas.

Para concluir este repaso por las labores de cestería mencionaremos un curioso orinal de vidrio con camisa de mimbre, tapa y asa larga que aparece entre los efectos del comandante de navío del *Album del Marqués de la Victoria* (lám.106). Su forma recuerda a las descripciones de algunos orinales de camino, como el ejemplar de plata con tapador de corcho revestido del mismo metal.⁴⁰

Además de lo visto hasta ahora el viajero moderno disponía de contenedores flexibles confeccionados en cueros blandos o tejidos, que se denominaban genéricamente mangas de viaje⁴¹. El dinero y los efectos personales se llevaban en faldriqueras, al cinto o dentro de los baulillos. Algunas mangas, como el almofres, tenían un uso específico, en este caso llevar los útiles de dormir. La voz apareció en el siglo XV y durante un tiempo predominaron las piezas de guingao con forros de vitre y guarnición de cordobanes, como el magnífico ejemplar que se cita en las cuentas de don Gonzalo de Baeza⁴² aunque las hubo también de sayal, grana e íntegramente confeccionadas en cueros. En el siglo XVIII la voz almofres pasa a designar una funda rectangular más sencilla para trasportín y lencería cerrada por uno de sus lados largos mediante un cordel pasado por una serie de ojales⁴³.

Los portamanteos (*porte-manteau*) son fundas de perfil similar al almofres pero dotados de dos aberturas en los lados cortos y pensadas para transportar las prendas de ropa de calidad. Las primeras menciones escritas aparecen en la década de los ochenta del siglo XVI y como sabemos por Juan de Luna (1619) se colocaban estirados sobre el cojín de viaje⁴⁴. Aunque abundan los de cordobán y vaqueta hubo también portamanteos textiles entre los que destaca uno de *terciopelo con hierros dorados* para pasar los cordones mencionado en la *La Cintia de Aranjuez* (1629)⁴⁵. Como precisara más tarde el *Diccionario de Autoridades* las aberturas se cierran mediante botones o cordones.

La barjoleta o barjuleta, corrupción del latín *bursa* según Covarrubias, se distingue por la “*antepuertilla*” que le sirve de cierre⁴⁶. Así lo confirma el *Diccionario de Autoridades*, que la describe como una bolsa grande de cuero o de lienzo que “llevan a las espaldas o colgada de la cintura los caminantes”. En las cabalgaduras se aseguran al arzón de la silla del mismo modo que las maletas como se dice en un pasaje de *La historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artús d'Algarbe (1499)*⁴⁷. La mochila, en fuentes castellanas desde finales del siglo XV, aparece en principio ligada al *aderezo de campo* de los cazadores y como parte del equipamiento militar⁴⁸. La “mochila para las camisas y ropa blanca” que figura en el Álbum del marqués de la Victoria entre los efectos del soldado de marina es, con su solapa y bandolera, semejante a las descripciones de la barjoleta⁴⁹.

Para llevar provisiones y menudencias se siguen usando las alforjas, unas “bolsas grandes cuadradas de xerga o de sayal, o texidas de lana” que equilibran la carga sobre el portador. Las había de dos tipos, las “hechas con una pieza con una abertura entre las dos por donde mete la cabeza quien las lleva, cayendo una sobre las espaldas y la otra encima del pecho, travadas con pedazos como fajas de misma tela” que utiliza todo género de caminantes y gente del campo, y otras “sin abertura, que se llevan a la grupa yendo a caballo”⁵⁰. Con el mismo uso y tan populares como las alforjas son los fardeles, sacos o talegas que llevaban “*los pobres, pastores y caminantes de a pie*”. Eran bolsas alargadas de lienzo basto que se cerraban con una *argolla de fierro* (como la que llevaba el ciego del Lazarillo de Tormes) o bien con un simple cordel.

La esencia del lujo: hacer de camino lo que puedes hacer en casa

En la Edad Moderna, el gusto por libar frío generó objetos que permitían gozar en ruta de placeres en principio reservados al hogar. El viajero Antoine de Brunel (1655) quedó favorablemente sorprendido por un curioso artefacto colocado sobre la montura de un caballero español. Se trataba de dos fundas de cuero que en vez de armas contenían botellas de vino que se enfriaba con el hielo que contenían las fundas; según averiguó el francés se llamaban estos estuches de cuero refreadores⁵¹.

Las propias sillas de montar podían estar dotadas de bolsillos o compartimentos donde guardar especias, alimentos de reserva e incluso bebidas. El modelo más sofisticado es una silla (reproducida en el tratado de Bartolomeo Scappi) con diversos huecos y bolsas a modo de vejigas laterales, dotadas de su propio cierre donde “se po mettere diverse vivande si di cucina come di credenza, la qual sella ha de ser portata dal canal grosso con laiutante di sopra”⁵². Si no tan espectaculares en su diseño, las sillas con complementos no eran del todo desconocidas en España, como sabemos por los *Comentarios del desengañado de sí mismo* (1607-1645), donde se describe una con cuatro bolsillos para pan y frascos de vino y agua⁵³.

Si sólo se trataba de apagar la sed bastaba con los zaques o borrachos, cueros de cabrito con su pelo como los que usaban los pastores y ponían a airear al fresco, una solución de eficacia cuestionada por el doctor Matías de Porras, autor de unas *Breves advertencias para beber frío con nieve*⁵⁴. Para el agua o vino peleón quedaban los cueros y botas de los arrieros pero el sabor a pellejo que tanto desagradaba a los extranjeros podía estropear los mejores caldos, de manera que para evitarlo y enfriar las bebidas delicadas –vinos y mistelas- se utilizaban los frascos/flascos de camino con sus correspondientes estuches o frasqueras con hechura de arquilla compartimentada, como el *stuccio* de la lámina 24 del tratado culinario de Scappi (1570) .⁵⁵ De cuello estrecho, los frascos podían tener el cuerpo de sección cuadrangular o bien panzudo, de perfil redondo o “*hechura de pera*” (*gourde, pilgrim flask*). Los había de vidrio y de metal, estaño, hoja de Flandes o plata. El modo de enfriar los frascos –en ríos, pozos o en recipientes con nieve- se describe en la literatura médica desde el siglo XVI, cuando se consolida la moda de libar frío. Así el *Tratado sobre el uso de la nieve* recomienda sumergir los frascos en “agua heladísima” a los hombres que se ven obligados a viajar a menudo pues, según Galeno, “esta orden de enfriar es para aquel género de personas las cuales están impedidas en cosas de negocios, como los que andan rigiendo los pueblos y gobernando la República, principalmente sus ministros, assimismo los soldados y los que andan mucho camino”⁵⁶.

La boca de los frascos de camino se cerraba con *tapadores de tornillo* asegurados por cadenillas, como en el caso de las cantimploras del servicio de cava⁵⁷. Podían disponer de fundas protectoras de cuero⁵⁸ aunque normalmente se ajustaban a los compartimentos interiores de la frasquera. Un ejemplo detallado de conjunto suntuario para camino corresponde al asiento 2.749 del inventario de Felipe II (1600) donde quedan consignados “Quatro frascos de plata... todos lisos,

con las esquinas vivas y quadrados por lo alto y bajo, con sus tornillos y tapadores y cadenas que asen de unos cartonçillos que están soldados en dos quadros del cuerpo del frasco, y los tapadores con unas cadenillas pequeñas que andan a la redonda y están asidos de la cadena principal; que su Magestad mandó hacer para llevar en una arquilla, con bebida, en el coche quando iba de camino”⁵⁹.

La seguridad de la carga se confiaba a la solidez y a la cerradura de la frasquera. Cuando se trataba de vinos o licores los arrieros no siempre resistían la tentación y fingían accidentes para enmascarar sus fechorías, como advierte el *Lazarillo de ciegos caminantes* (1775) a los viajeros de paso por Perú, donde “estas provisiones son las más expuestas a los insultos de los peones,... que no hacen escrúpulo en romper una frasquera para beberse un par de frascos de vino, aguardiente o mistela, haciendo pedazos los frascos y derramar algún licor, para dar a entender al amo que sucedió esta desgracias por la caída de una mula o encuentro con otra o con algún peñasco”⁶⁰.

Conviene aclarar, no obstante, que algunas de las frasqueras mencionadas en las fuentes modernas no eran sino estuches para productos de la higiene, salud o cosmética, prestaciones que se complementaban con el instrumental necesario para estas tareas –tijeras, hierros para levantar bigotes o limpiar orejas, mondadientes, lancetas, cuchillos etc- custodiados a su vez en los llamados estuches de camino, de hombre, de mujer, de *afeytar* (o de barbero), los de pequeño tamaño llamados también estuches de faldriquera⁶¹. Estas frasqueras contenían pomos, redomas o frasquitos de cristal con su funda de cuero perfumado de ámbar gris para aguas de olor, como consta en un regalo diplomático hecho al príncipe Carlos I de Inglaterra en su visita a la corte madrileña en 1623: “La reyna nuestra señora, esta misma noche le hizo al príncipe un grande presente de ropa blanca... y dos baúles, el uno lleno de faldriqueras y guantes de ámbar muy finos, y el otro lleno de cordobanes de ámbar;...Y una frasquera de aguas de olor, los frascos aforrados en cordovan de ámbar.”⁶².

En equipajes menos suntuosos también figuran frasqueras que custodian aguas de vida y especias, utilizadas como condimentos o bien como remedios médicos. En su autobiografía novelada Miguel de Castro muestra cuan útil le resultó la suya para ganarse la simpatía de una esclava, compañera casual de travesía. Cierta noche que la bella “estaba con dolor de muelas en galera...yo movido de alguna piedad...me condolía della...; porque desde la noche después que salimos de Durazo el capitán tuvo deseo de compralla y ansí dormía en la popa debajo cubierta, al lado de un transpontín que yo tenía...y estando una noche yendo navegando la vuelta de Mesina, un esclavo...me lo dijo, que tenía dolor de muelas. Yo le dije mirase que cosa podría mitigalle el dolor, que si se podía buscar, haría la diligencia posible; y me dijo en su lengua que clavos de especia...abrí una frasquera donde había especias y los saqué y dile media docena”⁶³.

Junto a medicinas, aguas de olor y afeites podían guardarse otros caprichos, que permitían al viajero emular las comodidades del hogar, como el placer de beber aguas compuestas, brebajes plenamente integrados en los

rituales de sociabilidad. Para que un criado diligente pudiese improvisar, por ejemplo, un *agrío de Florencia*, Juan de la Mata (1786) publicó una especialidad de confiteros, las pastas para hacer bebidas a base de azúcar aromatizado con corteza de cítricos, que se conservaban sin problemas y se diluían con facilidad⁶⁴. Recrear en travesía un refresco como el servido en la mejor casa era empresa fácil si a bordo se podía contar con la variedad de “Utensilios de repostería del comandante de navío” previstos en el Álbum del marqués de la Victoria (lám. 104). Llamen la atención las dos cuchilleras gemelas a la inglesa (que no tenían nada que envidiar a las que en 1750 aparecían en la publicidad del *razor maker* londinense Henry Patten)⁶⁵, el alto grado de especialización del servicio de cava y el panel móvil de lona tensada y puerta practicable que permitía habilitar en la cámara de popa una repostería contigua pero independiente de la zona de reunión. Con ello se recreaba la distribución espacial del modelo doméstico como escenario social.

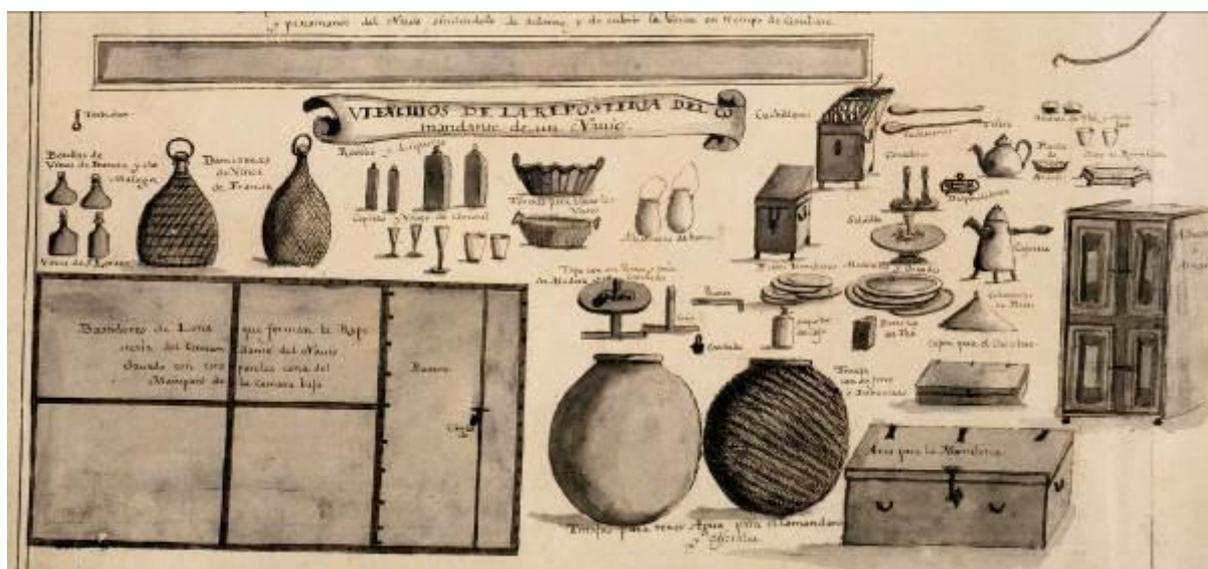


Fig. 4. Mampara de badana con puerta y candado para habilitar una zona de almacén separada del ámbito de reunión, donde se custodiaba la réplica exacta del ajuar de mesa y cava utilizado en el ámbito doméstico. Detalle de la lámina 104 del Álbum del marqués de la Victoria.

Y es que, para el viajero de posibles, la cuestión no es simplemente comer o beber sino hacerlo en las mejores condiciones posibles. Carmen Bernis, en sus trabajos sobre indumentaria ya insistía hace tiempo en la importancia que adquirió la dimensión representativa de las prendas de camino en la España moderna y lo mismo se puede aplicar a los artículos de mesa, también con un marcado carácter suntuario. Los objetos de este tenor que más se repiten en los inventarios de los siglos XVII y XVIII son los vasos y cubiertos de camino, que podían complementarse con los aderezos o recados de camino para condimentar los alimentos e incluso con servicios especializados muy completos, caso de algunos aderezos para tomar chocolate. Suele tratarse de conjuntos de piezas acoplables (pimentero, azucarero, salero) o diseñadas para encajar en un recipiente mayor en el mismo material (plata) provisto de tapador y cierre, o bien

en frasqueras con hechura de arquilla. Las dos posibilidades están presentes en las colecciones de platería madrileña barroca analizadas por Puerta Rosell⁶⁶.

“Dejo de gracia especial”: el capital emocional del objeto personal.

La dimensión representativa del cubierto de camino (*couvert de voyage, posatta da viaggio, cutlery set*) fue escenificada con especial acierto por el cineasta Jean Renoir en una famosa escena de *La kermesse heroïque* (1935) en la que el español alardea de su ejemplar ante los esforzados anfitriones. Las piezas inventariadas como cubiertos de camino constan de cuchara, tenedor y cuchillo o bien de dos piezas adaptables para cumplir las funciones de las tres, pasando las púas del tenedor por un complemento curvo que lo convierte en cuchara. La abundancia de ejemplares documentados en la España moderna, en plata o plata sobredorada con su correspondiente estuche, contrasta notablemente con la ausencia de restos materiales pues los ejemplares conservados en el Lázaro Galdiano no son sino copias tardías de modelos alemanes con su característico estuche en forma de vaina. Cubiertos pequeños, y muchas veces cucharitas, compartirían espacio con artículos de aseo o costura en estuches de camino de pequeñas dimensiones y materiales ricos (concha, nácar, hueso, ágata o ámbar con guarnición metálica, plata en diversas labores, cuero o zapa)⁶⁷ de los que hay numerosas noticias en los siglos XVII XVIII. A estas galanterías se podían sumar, en función de las necesidades del viaje o los intereses del viajero, los estuches especializados, como los que contenían instrumentos de matemáticas.

El vaso de camino, casi siempre con hechura de cubilete, es un habitual de los inventarios de oficiales militares y clérigos, junto a las escribanías de camino, que van desde los conjuntos suntuarios de plata compuestos de tintero, salvadera y caja de obleas atornillados formando una torre (el mismo sistema utilizado en algunos aderezos)⁶⁸ a sencillos estuches en forma de vaina para cálamo y tintero como los que llevaban colgando de cintas los niños de escuela y los escribanos⁶⁹. Los vasos suntuarios se hicieron de plata o plata sobredorada, lisos, grabados o con las armas familiares. Puerta Rosell localiza ejemplares “*listados*” o “*picados a listas*” en colecciones madrileñas del XVII así como conjuntos apilables de hasta doce piezas con la última dotada de un bocel vuelto o un tapador, que podía tener a su vez un mechero, como en el caso de algunos recados de mesa⁷⁰.

Como señalé en un trabajo anterior⁷¹, los oficiales del ejército acostumbraban a repartir sus vasos y cubiertos de camino entre sus compañeros de armas o sus subalternos más apreciados, un proceder idéntico al que seguían con otros objetos personales —el arma o los juegos de botones— a través de las mandas especiales introducidas en sus testamentos. De esta manera, a su muerte, el conjunto de enseres que conformaban su ajuar de camino —un bloque antes compacto— se disgregaba para pasar a manos de otros viajeros. Los legatarios conservaban así el recuerdo del amigo perdido y del gesto de afecto con el que habían sido distinguidos a título individual. En las situaciones adversa o en los momentos de desánimo, estos objetos tenían la capacidad de reconfortar (en el sentido antiguo del término) a sus nuevos propietarios.

Epílogo: el marinero, su mujer y la caja de navegar.

Hasta aquí hemos podido comprobar que la variedad de los artículos que se diseñaron para viajar forman una parcela de la cultura material lo suficientemente amplia y coherente como para ser considerada un campo de estudio específico. Este sistema de objetos, cuidadosamente seleccionado por el viajero para satisfacer necesidades primarias, representar *status* y recrear en ruta el aura protectora del espacio doméstico, brinda a los investigadores una excelente oportunidad para relacionar el mundo de las cosas con las formas de concebir tanto la vida doméstica como el viaje. Así lo entendió Mariona Font en un interesante trabajo sobre las caixes de mariner pintadas al óleo, en cuya peculiar iconografía –muy distinta de la que exhiben sus equivalentes europeos o americanos- veía reflejadas las aspiraciones de los marineros y de sus esposas, posibles inspiradoras de los temas elegidos para decorarlas⁷². He comenzado este artículo comentando un objeto –el set de viaje aéreo- que ilustra la capacidad del ajuar de camino para sumar significados, y lo cerraré con otro de connotaciones menos tristes. Se trata de hermosa una caixa de navegar catalogada hace unos años por Angels Creus⁷³. La pieza tuvo la doble vida -sedentaria y viajera- característica estos muebles, pues una vez tocaban tierra se integraban en el mobiliario del espacio doméstico. Para entonces ya habían cumplido su función a bordo la Virgen del Carmen, San Antonio de Padua y San Miguel, pintados bajo la tapa, muy cerca de donde dormía el marino. Cuando ambos regresaban a casa la imagen del volcán pintado en el frente del arca recordaba un destino superado o el que todavía estaba por venir.

NOTAS

¹ Mi primer acercamiento a la materia fue una ponencia titulada “Decamino. Cultura material del viaje en la Edad Moderna” que presenté el 23 de abril de 2012 en el VI Seminario *Rituales, costumbres y rutinas cotidianas en la España Moderna*, organizado por Gloria A. Franco en la Universidad Complutense de Madrid. Se recogerán en el texto principal los nombres de los artículos de viaje con su grafía más común. Las referencias consultadas en la base de datos del Corpus diacrónico del español (CORDE) de la Real Academia Española de la Lengua, serán señaladas con el signo (C.) al final de la nota correspondiente.

² MACZACK, Antoni, *Viaggi e viaggiatori nell'Europa moderna*, (trad.it. y ed. Renzo Panone y Andrzej Litwornia), Bari, Laterza, 1º ed. 1978, trad. 2009. BRILLI, Attilio, *Il viaggio in Italia. Storia de una grande Tradiciones Culturale*, Bologna, Il Mulino, 2006. BRILLI, Attilio. *Arte del viaggiare. Il viaggio materiale dal XVI al XIX*, Sivana, 1992.

³ Véanse los capítulos dedicados al uso y características de las prendas u objetos de camino en BERNIS, Carmen, *El traje y los tipos sociales en el Quijote*, Madrid, Visor, 2001, y LÓPEZ ÁLVAREZ, A. *Poder, lujo y conflictos en la corte de los Austrias. Coches, carrozas y sillas de mano, 1550-1700*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2007.

⁴ LASMARIAS PONZ, Israel, “Vestido para viajar” en *Revista de Historia Gerónimo Zurita 80-81*, 2005-2006, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 203-226.

⁵ El estudio más exhaustivo y riguroso de los muebles de viaje, camas, baúles, petacas y maletas ha sido realizado por M^a Paz Aguiló Alonso si bien esta valiosa información está distribuida en diversas publicaciones, historias del mueble español de los siglos XVI y XVII, capítulos sobre las artes del cuero y artículos sobre las producciones novohispanas que se citarán en las correspondientes notas.

⁶ TOWNSEND, Joseph, *Viaje por España en la época de Carlos III. 1786-87*, trad. Javier Portús, Madrid, Turner, 1988, p.182.

⁷“Su equipaje deberá incluir sábanas, un colchón, una manta, un edredón, un mantel, cuchillos, tenedores, cucharas y un recipiente de cobre donde pueda cocer la comida. También llevará una funda y un cerrojo. TOWNSEND, Joseph, *Viaje...op. cit.*, p. 17.

⁸ “Hágase hazer el artillero una arquilla entre los dos tablones de la caja de su pieza con su llave, donde cómodamente podrá conservar todo lo que tiene; y aun sobre esta arca podrá con un traspontín, estando en campaña, hordenarse de noche su camilla para estar guardado de la humedad de la tierra. COLLADO, Luis, *Plática Manual de Artillería*, Milán, Pablo Gotardo Poncio, 1592, cap.XVIII, fol. 20v. (C.)

⁹ Inventario de bienes de don Martín Carrillo, 1615. Archivo Diocesano de Zaragoza, Expolios, s.f. SARTI, Raffaella, *Vida en familia. Casa, comida y vestido en la Europa Moderna*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 159.

¹⁰ MARQUÉS ESPARTEIRO, Antonio “A higiene nas náus de viagem em meados do século XVIII”, en *Boletim da Sociedade de Geografia de Lisboa*, Lisboa, 1958, pp. 279-296, esp. pp. 283-284.

¹¹ VICTORIA, Juan José Navarro, Marqués de la, *Album del marqués de la Victoria*, Madrid, Lunberg Museo Naval, 1995. Se trata de la reproducción facsímil del “Diccionario demostrativo con la configuración o anatomía de toda la arquitectura naval moderna”, Lám. 100, “Utensilios de enfermería”.

¹² PIERA, Mónica, “El álbum del marqués de la Victoria y su aportación a la Historia del mueble” en *Archivo Español de Arte*, t. 71, nº 281, 1998, pp.- 79-84.

¹³ VICTORIA, Juan José Navarro, Marqués de la, *Album...Op. cit.*, Lám. 103. “Vestuario y equipaje de un soldado de marina”.

¹⁴ El segundo objeto sanitario más numeroso en los pecios rescatados son las jeringas de lavativas. Agradezco esta información al especialista en arqueología naval Alejandro Martín López (UZ).

¹⁵“Los navíos marchantes se gobiernan por un maestre, el cual hace el oficio de tal y de capitán; llevan asimismo un escribano un piloto, con título de piloto de altura, un contra maestre y un guardián. Y hacen la guardia, interín que navegan, entre el piloto y el contra maestre que consiste en que el que está de guardia de los dos, en lugar de dormir en el catre o camarote que le corresponde, no lo ejecuta allí, y manda hacer su cama sobre el alcázar o en la salida de la cámara, en cuyo paraje duerme con todo descuido; y a su imitación practica lo mismo la demás gente de la embarcación, de modo que todo el alcázar se llena de camas y queda hecho dormitorio. JUAN, Jorge, *Discurso y reflexiones políticas sobre el estado presente de la marina en los reinos del Perú*, ed. Luis J. Ramos, 1748, Madrid, CSIC, 1985, p. 636.

¹⁶ Los primeros ejemplares, como el de Diego Hurtado de Mendoza, montados sobre arcas de cuero que portaban los mullidos y los pilares desarmables que elevaban la base y sostenían el paramento textil, se documentan en el último cuarto del XVI. A mediados del XVII aparecerían las llamadas camas de viento, con el colchón sobre un lecho de lienzo tensado. AGUILÓ, ALONSO, M^a Paz, *El mueble en España. Siglos XVI-XVII.*, Madrid, Ediciones Antiquaria, 1993, pp. 146-147.

¹⁷ Thornton sostiene que las formas básicas de las camas de pilares tienen su origen en los ejemplares de lit de camp de dosel y pilares montados con tornillos. En las camas bajomedievales cielo y colgaduras se sostenían por bastidores colgados del techo, algo imposible de hacer en ruta de manera que los pilares aparecieron tempranamente en los ejemplares concebidos para viaje. No obstante estas camas no eran siempre fáciles de montar, al menos los grandes ejemplares, de manera que muchas de ellas –como se sabe por inventarios– terminaron montadas de forma permanente en dependencias domésticas, como se sabe por ciertos inventarios o documentos notariales. THORNTON, Peter, *Seventeenth-Century Interior Decoration in England, France & Holland*, 1978, Yale University, pp. 152-154.

¹⁸ Antes de su conversión en hotel una de las alcobas de la Casa Matutano-Daudén, en Ilesuela del Cid, tenía una cama con estructura de tijera de finales de siglo. ÁLVARO, M^a Isabel y PANO, José Luis, “Arquitectura civil en la Ilesuela del Cid, Teruel: la casa Matutano-Daudén como conjunto unitario dieciochesco, en *Actas del IV Coloquio de Arte Aragonés*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1986, pp. 225-261.

¹⁹VICTORIA, Juan José Navarro, Marqués de la, *Album...Op. cit.*, Lámina 106, “catre colgado para los oficiales subalternos en la cámara grande”.

²⁰ ROUBO, André-Jacob, *L'Art du Menuisier en Meubles, Seconde Section de la Troisième Partie de L'Art du Menuisier*, Paris, Imprimerie de L. F. Delatour, 1772. Esta parte de la extensa obra de Roubo fue traducida al español por iniciativa de Campomanes en 1776, en el *Apéndice a la educación popular. Parte tercera*, LÓPEZ CASTÁN, Ángel, “El tratado de carpintería y ebanistería de André-Jacob Roubo y los extractos publicados por

el conde de Campomanes en 1776”, *Anuario del Departamento de Historia del Arte U.A.M.*, vol. VI, Madrid, 1994, pp. 239-244.

²¹ DIDEROT M. et D’ALEMBERT, M., *Encyclopedie ou Dictionnaire Raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers*, Paris, 1751-1772, Tapissier, pl. XV.

²² AGUILÓ ALONSO, M^a. Paz, *El mueble en España...* pp. 82-83.

²³ Inventario y almoneda de los bienes del presbítero Josef de Zay Ylorda, Archivo de Protocolos Notariales de Bilbao, Francisco de Oleaga, protocolo 4552, 1779 (no se aprecia la foliación). Al curioso se pueden añadir, dispersos a lo largo del documento, una frasquera crecida, unas alforjas, varios cubiertos de camino y estuches de camino, algunos de escribir y otros de “instrumentos de matemáticas”. Agradezco el acceso a este documento a Carmen Rodríguez Suso.

²⁴ A.A.V.V., *El Galeón de Manila*, p. 170, n° 54. Véanse además las maleas, petacas y piezas de Oaxaca en CURIEL MÉNDEZ, Gustavo Antonio, “El ajuar doméstico de tornaviaje”, en A.A.V.V., *México en el mundo de las colecciones de Arte*, México, Editorial Azabache, 1994, pp. 157-210.

²⁵ PIERA, Mónica, “Els usos de les indians a la Barcelona del segle XVIII: decorar la llar o vestir la gent?”, en SÁNCHEZ, Álex (coord.) *La industria de les indians a Barcelona, 1730-1850*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2011, pp. 67-84, esp. pp. 75-76.

²⁶ “Una sombrerera, cubierta de terciopelo carmesí, guarnecida con pasamanos de oro y plata, forrada en raso, con correón cubierto del dicho terciopelo, y clavazon dorada. Una maleta y bolsa de terciopelo carmesí, guarnecida con pasamanos y cordones de seda y oro, forrada en tafetán”. ANÓNIMO, *Relación y memoria de las joyas de Ana de Austria*, ed. de Dalmiro de Valgoma y Díaz Varela, Madrid, Imprentas Gráficas Montañesas, 1949, p. 5.

²⁷ QUIRÓS, Francisco Bernardo de, *Aventuras de don Fruela*, ed. Celsa Carmen García Valdés, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1984, p. 261.

²⁸ “Arca o almainete o maleta fecha de curo: como caxa para meter vestidos o alguna otra cosa” en PALENCIA, Alonso de, *Universal vocabulario en latín y romance* (1490), ed. Gracia López Lozano, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1992, voz “Zaberna”. (C.)

²⁹ *Diccionario de Autoridades*, t. I, Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1726, p.647, segunda entrada de la voz “coxín”.

³⁰ “Su Señoría ua gallardo con un rico vestido con rica rosa de diamantes, de estremado fondo, y grandeza: silla, cogin, maleta, y botas todo de ambar, estriuos, y espuelas de oro, y la espada, y daga...” LA PEÑA, Juan Antonio de, *Discurso de la jornada que hizo a los reinos de España don Francisco Barberino*, 1626, ed. José Simón Díaz, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1982. (C.)

³¹ Un conjunto completo en vaqueta compuesto por “cojín, guardasol y sombrerera de bagueta de camino y bota para bino” en un inventario de bienes dotales fechado en 1618 publicado por Mariano Maroto en edición electrónica de 1998. (C.)

³² Las maletas del XVI suelen ser de cordobán forrado de lienzo, con tiras de refuerzo y tres grapas de hierro liso en la tapa, unida la central a la aldaba de la cerradura. Desde el siglo XVII el armazón o estructura se hace con tiras de castaño o sauce entrelazadas. A menudo iban decoradas con tiras cosidas de cuero, aplicaciones, o de cintas bordadas en paja. En los ejemplares americanos costuras y pespuntos se hacen en hilo de maguey en lugar del cáñamo o cordel y predominan los cueros rebajados, labrados o repujados con policromía, muy frecuentemente motivos resaltados sobre fondo azul o rojo. Las petacas de estructura de cestería o las de madera -planas o a modo de baulillo- muestran una característica decoración repujada y con dobles trazos para crear sombras. El repertorio de motivos es similar a los de los bordados populares salmantinos y extremeños, o los de las colchas portuguesas de Arraiolos. Las composiciones y el festón ondulado de algunas son otros elementos distintivos. Véase AGUILÓ ALONSO, M^a Paz, *El mueble en España...*, Op. cit., pp. 83-84 y 176-179.

³³ LAS CASAS, Fray Bartolomé de, *Historia de las Indias.1527-61*, Ed. Paulino Castañeda, Madrid, Alianza Editorial, 1994, p. 2236. (C.)

³⁴ FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias.1535-1557*, Ed. Juan Pérez de Tudela, Madrid, Atlas, 1992. (C.)

³⁵ Vid. Nota 32.

³⁶ Inventario de Fernando de la Encina (1740), en AGUILÓ ALONSO, M^a Paz, *El mueble en España...*, Op. cit., p.84.

- ³⁷ Las voces se aplican indistintamente a objetos de platería “acestados”, similares en formas o en funciones a petacas o escusabarras. PUERTA ROSSELL, M^a Fernanda, *Platería madrileña. Colecciones de segunda mitad del siglo XVII*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2005, p. 120.
- ³⁸ CERVANTES Y SAAVEDRA, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de Francisco Rico, Barcelona, Crítica, 1998, p. 207.
- ³⁹ VICTORIA, Juan José Navarro, Marqués de la, *Album...*, “Vestuario y equipaje de un soldado de marina”, lám. 103.
- ⁴⁰ Un orinal hecho “como frasco”, con su tapador de corcho cubierto de plata, brocal de tornillo y dos llaves en PUERTA ROSSELL, M^a Fernanda, *Platería madrileña... Op. cit.*, p.54.
- ⁴¹ Aguiló Alonso cita las ordenanzas de maleteros de Madrid en el XVIII donde se especifica que “las bolsas de viaje o mangas han de ser de vaqueta de Moscovia forradas de badana o gamuza. AGUILÓ ALONSO, M^a Paz, “Cordobanes y guadamecés”, en BONET CORREA, Antonio (ed.), *Historia de las artes aplicadas e industriales en España*, Madrid, Cátedra, pp. 325-347, esp. p. 328.
- ⁴² “Un almofrex de guingao, enferrado en bitre, con el cuero para la guarnición e cordeles e clavos e hechura, 1.955 mrs. Que monta en todo lo que costó la dicha cama 23.186 mrs.”. TORRE, Antonio de la, *Cuentas de Gonzalo de Baeza, tesorero de Isabel la Católica*, Madrid, C.S.I.C., 1955. (C.)
- ⁴³ *Diccionario de Autoridades*, t. I, Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1726, p.233.
- ⁴⁴ Recoge las instrucciones para preparar la montura, esto es, colocar la silla, apretar la cincha, colocar gurupera y el ataharre, ajustar los estribos, poner freno y bocado, comprobar las herraduras y, finalmente el cojín y el portamanteo. Véase LUNA, Juan de, *Diálogos familiares en lengua española*, ed. José M^a Sbarti, Madrid, imprenta Gómez Fuentenebro, 1874, p. 233.
- ⁴⁵ CORRAL, Gabriel del, *La Cintia de Aranjuez*, ed. Joaquín de Entrambasaguas, Madrid, C.S.I.C, 1945, p. 37.
- ⁴⁶ CELSO, Hugo de, *Repertorio universal de todas las leyes de estos reinos de Castilla*, 1540-53. (C.)
- ⁴⁷ “Y después sacó de su cofre mil nobles de oro y más mil doblas de Castilla y ciertas otras joyas de gran valor y las puso en su barjoleta. Y salido de su cámara, cerró la puerta y abaxó para el establo do estaban sus cavallos, y enfrenó y ensilló el mejor dellos, y puso la barjoleta al arçón de la silla y cavalgó en él.” ANÓNIMO, *La historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artús d'Algarbe*, 1499. (C.)
- ⁴⁸ “...Vieron entre las malezas...salir al camino un ligero rocín desenfrenado, con un aderezo de campo muy lucido, en cuya mochila llevaba las cuatro bolsas que usan los que cursan el venátil exercicio” CASTILLO SOLÓRZANO, Alonso de, *Lisardo enamorado*, ed. Eduardo Juliá, Madrid, R.A.E., 1997, p. 177.
- ⁴⁹ VICTORIA, Juan José Navarro, Marqués de la, *Album...* lám. 103.
- ⁵⁰ *Diccionario de Autoridades*, t. I, Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1726, p. 200.
- ⁵¹ BRUNEL, Antoine de, “Relation du voyage d’Espagne”, 1655, citado en BELTRÁN CORTÉS, Francisco, *Apuntes para una historia del frío en España*. Madrid: C.S.I.C., 1983, p.64.
- ⁵² SCAPPI, Bartolomeo, *Del Arte de cocinar*, Gijón, Trea, 2004, p. 450, lám. 18 del original, Sin título.
- ⁵³ “Bajábala en brazos de a caballo, porque me lo mandaba así, para merendar alguna perdiz que yo llevaba, con un par de panecillos y un frasco de vino y otro de agua, en cuatro bolsillos de la silla”. DUQUE DE ESTRADA, Diego, *Comentarios del desengañado de sí mismo. Vida del mismo autor 1607-1645*, ed. Henry Ettinghausen, Madrid, Castalia, 1982. (C.)
- ⁵⁴ “En Castilla usan los pastores, y algunos caminantes, de unos cuerecillos de cabritos, aderezados, a quienes llaman zaques, los cuales llenos de agua, los menean a la sombra hasta que se refresca el agua; pero si el día está nuoso y el aire viene pasado por algunas malas hierbas... no tengo por seguro este modo de enfriar” PORRAS, Matías de, *Breves advertencias para beber frío con nieve*, 1621, citado por BELTRÁN CORTÉS, Fernando, *Historia del frío...op. cit.* p. 61.
- ⁵⁵ “La caxa en que se guardan los frascos, que esta hecha con diferentes divisiones, en que entran ajustados, para llevarlos de un lado a otro sin que se maltraten”. *Diccionario de Autoridades*, t. III, Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1732, p. 792.
- ⁵⁶ FRANCO, Francisco, *Tractado de la nieve y del uso della*, ed. Gonzalo Santonja Madrid, Visor, 1984, p. 64.
- ⁵⁷ “Un frasco de estaño con tapador de tornillo” en el Inventario de los bienes de Jorge de Santa María racionero de la Santa Iglesia de Toledo, 1617, en la Edición electrónica de Mariano Maroto, 1998. (C.)
- ⁵⁸ AGUILÓ ALONSO, M^a Paz, “cordobanes y...”, *op. cit.*, p. 327, fig. 225.

- ⁵⁹ SANCHEZ CANTÓN, F. J., *Inventarios Reales. Muebles que pertenecieron a Felipe II*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1956 – 1959, correspondiente al f. 540v. del manuscrito original. (C.)
- ⁶⁰ CARRIO DE LA VANDERA, Alonso (ed. de Salvador Bueno), *El Lazarillo de ciegos caminantes*, Perú, 1775, Caracas, Ayacucho, 1965, p. 8.
- ⁶¹ Sobre instrumental incluido en los estuches de tocador, tanto de asiento como de camino véase ALONSO BENITO, Javier, “El tocador, un campo de desarrollo para el arte de la platería” en PANIAGUA PÉREZ, J. y SALAZAR SIMARRO, N., *Ophir en las indias: estudios sobre la plata americana: siglos XVI-XIX*, León, Universidad de León, 2010, pp. 557-568.
- ⁶² ANÓNIMO, *Entrada en público del príncipe Carlos I de Inglaterra en la corte de Madrid.1623*, ed. José Simón Díaz, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1982, p. 202.
- ⁶³ CASTRO, Miguel de, *Vida de Miguel de Castro*, ed. José M^a de Cossío, Madrid, Atlas, 1956, pp. 508-509.
- ⁶⁴ LA MATA, Juan de, *Arte de Repostería en que se contiene todo género de hacer dulces secos y en líquido, Vizcochos, Turrones, Natas: Bebidas heladas de todos los géneros, Rosolis, Mistelas, etc.* (4^a ed.) Madrid, Imprenta de Josef Herrera, 1787, pp. 154-155.
- ⁶⁵ Cuchilleras y toda suerte de estuches en la *tread card* de Henry Patten. GLANVILLE, Philippa y YOUNG, Hilary (eds.), *Elegant Eating*, Londres, V&A Publications, 2005, p. 56, fig. 56t.
- ⁶⁶ Un aderezo con servicio de jácaras de China, numerosas piezas de plata y lencería de mesa se almacena en dos frasqueras de felpa verde. El otro tiene una variedad de piezas de plata acoplables que encajan en el gran jarro chocolatero, también de plata. Ambos figuran en la colección de don Tomás Lorenzo de la Cerda. PUERTA ROSELL, M^a Fernanda, *Platería madrileña...Op. cit.*, p. 53.
- ⁶⁷ Plata lisa, cristal, concha, porcelana o terciopelo, tanto de hombre como de mujer. Muchos eran de importación. PUERTA ROSELL, M^a Fernanda, *Platería madrileña...Op. cit.*, p.84. Me referí a estos objetos, catalogables dentro del capítulo de *galanteries*, en ABAD-ZARDOYA, Carmen, “Objetos de representación en la vivienda aragonesa del XVIII”, en PIERA, Mónica y MARSAL, Jordi (eds.) *El culto al objeto; de la vida cotidiana a la colección*, Barcelona, Associacio per a l'estudi del moble, 2009, pp. 63-73, esp. p. 68.
- ⁶⁸ PUERTA ROSELL, M^a Fernanda, *Platería madrileña...Op. cit.*, p. 54.
- ⁶⁹ *Diccionario de Autoridades*, t. III, Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1732, p. 572.
- ⁷⁰ PUERTA ROSELL, M^a Fernanda, *Platería madrileña...Op. cit.*, pp. 54-55.
- ⁷¹ ABAD-ZARDOYA, Carmen, “Objetos de representación... Op, cit. pp. 68-73.
- ⁷² FONT BELLA, Mariona, “La casa del mariner”, en CREIXELL, Rosa M^a, SALA, M^o Teresa y CASTAÑER, Esteve, *Espais Interiors Casa i Art des del segle XVIII al XXI*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2007, pp. 107-114.
- ⁷³ CREUS TUEBOLS, Angels, “Ficha 6” de las Jornadas de Estudio del mueble, en *Revista Estudio del mueble n^o 06*, Barcelona, Noviembre de 2007, pp. 22-23.

Fecha de recepción: 27 de noviembre de 2012

Fecha de revisión: 1 de diciembre de 2012

Fecha de aceptación: 5 de diciembre de 2012